ESPECTADORA DE PRIMERA FILA

Selección de crónicas y entrevistas 1971-1995

María Cristina Arango de Tobón

Colección Testigos

Espectadora de primera fila

Selección de crónicas y entrevistas
1971-1995

María Cristina Arango de Tobón

Comprometidos con
el medioambiente

María Cristina Arango de Tobón

Espectadora de primera fila

Selección de crónicas y entrevistas

1971-1995

Editorial EAFIT

Arango de Tobón, María Cristina
Espectadora de primera fila: selección de crónicas y entrevistas 1971-1995 / María Cristina Arango de Tobón. – Medellín: Editorial EAFIT, 2020
218 p.; 24 cm. -- (Colección Testigos).

ISBN: 978-958-720-673-9
ISBN: 978-958-720-674-6 (versión EPUB)

1. Diarios colombianos - Secciones, columnas, etc. 2. Entrevistas (Periodismo) - Colombia. I. Correa Soto, Carlos Mario, pról. II.Tít. III. Serie

079.861 cd 23 ed.
A662

Universidad EAFIT – Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

Espectadora de primera fila
Selección de crónicas y entrevistas
1971-1995

Primera edición: octubre de 2020
© María Cristina Arango de Tobón
© Editorial EAFIT
Carrera 49 No.7 sur - 50
Tel.: 261 95 23, Medellín
http://www.eafit.edu.co/fondoeditorial
Correo electrónico: fonedit@eafit.edu.co

ISBN: 978-958-720-673-9
ISBN: 978-958-720-674-6 (versión EPUB)

Editora: Carmiña Cadavid Cano

Corrección de textos: Cristian Suárez y Carmiña Cadavid Cano

Diseño y diagramación: Alina Giraldo Yepes

Imagen de carátula: Fotografía tomada en las rocas de Suesca en 1965.

Fuente de los textos recogidos en este libro: *El Espectador* / Autora: María Cristina Arango de Tobón / Comunican S. A.

Universidad EAFIT | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como Universidad. Decreto Número 759, del 6 de mayo de 1971, de la Presidencia de la República de Colombia. Reconocimiento personería jurídica: Número 75, del 28 de junio de 1960, expedida por la Gobernación de Antioquia. Acreditada institucionalmente por el Ministerio de Educación Nacional hasta el 2026, mediante Resolución 2158, emitida el 13 de febrero de 2018.

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la editorial.

Editado en Medellín, Colombia

Diseño epub:
Hipertexto – Netizen Digital Solutions

Contenido

Prólogo
Una reportera en retrospectiva
Carlos Mario Correa Soto

Ciro en lágrimas
JULIO 4 DE 1971

Doce libros de versos y una antología
ENERO 21 DE 1979

Homenaje a Darío Tobón Calle
FEBRERO 22 DE 1979

Su vida es la música
MARZO 1 DE 1979

La expresión poética romántica
MARZO 6 DE 1979

Doña Rocío: ¡todo un personaje!
ABRIL 15 DE 1979

El que pinta eso, ¿todavía vive?
MAYO 18 DE 1979

Nace el Museo de Arte Moderno de Medellín
MAYO 27 DE 1979

Once años de labores y de luchas
JUNIO 12 DE 1979

Una isla en el teatro nacional
JULIO 3 DE 1979

Arte, fe en el hombre, angustias del mundo actual
JULIO 4 DE 1979

El escritor en el continente
JULIO 6 DE 1979

“Tango que me hiciste mal…”
JULIO 8 DE 1979

Antología antioqueña
JULIO 10 DE 1979

“La pintura, oficio apasionante”
JULIO 19 DE 1979

“El escritor debe estar enraizado en su propia tierra”
AGOSTO 11 DE 1979

Una obra violenta y un hombre bueno
AGOSTO 15 DE 1979

El piano es su voz y su expresión
AGOSTO 22 DE 1979

“Unidos en la esperanza y en el dolor”
NOVIEMBRE 11 DE 1979

Atmósferas y paisajes
NOVIEMBRE 13 DE 1979

“El padre del folclor es el pueblo”
NOVIEMBRE 16 DE 1979

Buscando fiestas de pueblo en pueblo
ENERO 3 DE 1980

Su vida, pintor; su sueño, un mural
ENERO 13 DE 1980

El Edificio Atlas, rescatado del olvido
ENERO 30 DE 1980

“Un músico no se improvisa”
FEBRERO 22 DE 1980

La IV Bienal será en la Universidad del Arte
MARZO 4 DE 1980

“Sentir lo que se pinta”, clave del éxito
MARZO 4 DE 1980

Los intereses creados y El Pequeño Teatro
JULIO 14 DE 1980

Una nueva batalla del maestro Pedro Nel Gómez
JULIO 28 DE 1980

“El poeta es un mortal más, enamorado de la intemperie”
NOVIEMBRE 3 DE 1980

Turismo autóctono en la Vuelta a Oriente
ENERO 5 DE 1981

Reserva ecológica y pulmón de la ciudad
ABRIL 23 DE 1982

El paso de la raza por las calles de Medellín
AGOSTO 13 DE 1983

“La poesía es la que dicta las leyes en el corazón de los hombres, no el Gobierno”
NOVIEMBRE 13 DE 1983

La Aldea de la Cultura
ABRIL 6 DE 1986

De una demolición a la sala más moderna del país
FEBRERO 19 DE 1987

Un sueño convertido en mural
ABRIL 18 DE 1987

El gusano de seda salva familias y regiones
JULIO 4 DE 1987

El río Medellín a “cuidados intensivos”
MARZO 16 DE 1989

Capilla Sixtina de la América tropical en Medellín
JULIO 25 DE 1989

Toda una vida para la música
AGOSTO 26 DE 1989

Bizcochuelos, flores y alegría
AGOSTO 1 DE 1991

Un Gulliver entre gigantes
MAyo 3 DE 1992

La magia del palenque en Danza Concierto
SEPTIEMBRE 21 DE 1992

El *boom* literario al banquillo
DICIEMBRE 21 DE 1992

Mutis, ansioso por volver a la poesía
MAyo 3 DE 1993

“Medellín merece el premio eterno de la belleza”
JUNIO 6 DE 1993

Honor a filatelista colombiano en Londres
ABRIL 11 DE 1994

“Así éramos nosotros”
JUNIO 12 DE 1994

“Hoy se exalta la mediocridad en el arte”
JUNIO 21 DE 1994

Botero, el hombre
OCTUBRE 30 DE 1994

Medellín llovida de poesía
JUNIO 11 DE 1995

“Pintor de la raza”
JULIO 10 DE 1995

Cincuenta años del Hotel Nutibara
JULIO 17 DE 1995

Un polizón de pasarela
OCTUBRE 22 DE 1995

Notas al pie

Una reportera en retrospectiva

El novelista y el poeta no se pueden apartar de la realidad.
La vida escribe mejor que cualquier escritor

Mario Escobar Velásquez[1]

Al mediodía del martes 10 de octubre de 1989 los funcionarios de la oficina de *El Espectador* en Medellín, Martha Luz López y Miguel Arturo Soler, fueron asesinados a tiros por sicarios motorizados a órdenes de Pablo Escobar Gaviria, en distintos lugares de la ciudad y cuando se dirigían a sus viviendas para almorzar.

El único teléfono de la redacción local del periódico timbró. María Cristina Arango de Tobón, la corresponsal de cultura, recibió la llamada. La voz de un individuo se escuchó enfática brotando por la bocina:

—Por órdenes de Los Extraditables y del doctor (Escobar Gaviria) les damos cuarenta y ocho horas para que se vayan de esa sede de *El Espectador* y, si no se van, les va a pasar lo mismo que les pasó a sus dos compañeros de trabajo. Ese periódico de mierda se acaba porque se acaba; no queremos que siga circulando ni en la ciudad ni en Antioquia; es una orden del doctor…

María Cristina escuchaba…

—Me entendió, ¿sí o no? –preguntó, iracundo, el amenazador.

—No –respondió María Cristina.

Silencio…

—No tiene nada más que decirme –agregó María Cristina.

—¡Ah!… Es que a usted también la podemos acabar –sentenció el individuo.

La llamada se cortó.

Llorosos y asustados, los compañeros de María Cristina en la oficina regional de *El Espectador* la rodeamos para que nos repitiera las palabras que acababa de escuchar por el teléfono.

Nos pidió serenidad.

Desde aquel día, María Cristina, parapetada en la firmeza de su temperamento, se puso en la primera fila de resistencia ante los matones de Escobar Gaviria y, arreglándoselas para proteger su vida, siguió enviando desde Medellín a Bogotá sus artículos para que fueran publicados en el periódico de la familia Cano, firmados con su nombre propio o con el seudónimo MACRISA.

***

María Cristina comenzó a trabajar para *El Espectador* en 1965 cuando todavía era estudiante en la Escuela de Periodismo de la Universidad Javeriana, en Bogotá; y en 1979 se vinculó a la redacción del diario en Medellín, con publicaciones sobre actividades culturales en la edición nacional y en la específica para Antioquia.

En los primeros artículos ya se advierten los registros formales que serán una marca de agua en su reporteo y en su escritura periodística: el contacto directo con los testigos y protagonistas de sus historias, entrevistas y noticias; el punto de vista narrativo en primera persona –en

singular y en plural– y la mezcla de informaciones, testimonios y descripciones, con sombra y color, que ponen al ser humano en un primer plano de retrato y de paisaje.

En una época de periodismo escrito –y prescrito– con las voces de los reporteros en tercera persona, la voz de María Cristina asomaba por cualquier rendija de sus textos para situar a los protagonistas de sus informaciones en un espacio y en un tiempo apreciables con claridad por los lectores, creando con unos y otros vínculos de confianza, con la autoridad que le daban su sensibilidad y su comprensión de los temas que abordaba: literatura, teatro, declamación, filosofía, artes plásticas, música, danza, cine, televisión, industrias creativas, patrimonio histórico, moda, celebración.

La difusión de estas actividades es lo que, de forma pragmática, se entiende por periodismo cultural. Un tipo de periodismo que para el escritor catalán Sergio Vila-Sanjuan[2] se define por su objeto (justamente, las citadas actividades culturales) y no por su método, y se diferencia de la columna, la crítica o el ensayo en torno a temas culturales, en el acceso directo a las fuentes y el conocimiento, también directo y personal, de los personajes y escenarios que describen sus autores.

Es decir, se trata del periodismo de noticias, entrevistas y crónicas practicado por autores que salieron a la calle de la cultura en busca de testimonios de primera mano. Un periodismo ejercitado por reporteras como María Cristina quien, propulsada por una formación cultural a la medida de su curiosidad, incluyó en la agenda de corresponsal de *El Espectador* en Medellín –fundida con la agenda de su vida cotidiana– la asistencia constante a las salas de teatro, los conciertos, las exposiciones, las conferencias, las clases de artes, las tertulias; a los talleres, los estudios, las casas

de habitación de los hacedores de la cultura local y nacional.

De ahí el sentido de su escritura con un marcado acento de primera persona, pero sin afectación, pues en su caso se trata de la herramienta de comunicación que le da su voz propia y autorizada; es decir, la voz de una autora claramente reconocible por el público por la sinceridad de su punto de vista, por la sintonía con los asuntos y las personas que trata, por la precisión de sus anotaciones y por la sensibilidad de una testigo excepcional que trabaja para sus lectores y quiere ganarse su confianza.

Para tener esa sintonía, el periodista requiere desarrollar empatía con sus fuentes testimoniales de información; es decir, con "los otros", como los llamó el reportero mayor del siglo XX, Ryszard Kapuściński[3] (1932-2007), para quien solo mediante la empatía –un término tomado de la psicología– se puede comprender el carácter de los interlocutores y compartir de forma natural y sincera el destino y los problemas de los demás.

Para Kapuściński –y así lo entendió María Cristina en cada uno de los hechos culturales que cubrió– no era posible reportear ni escribir sin la ayuda de esos "otros", pues si bien el periodista es el redactor final, el material se lo proporcionan muchísimos individuos como parte de un trabajo colectivo, de cooperación y de comprensión recíproca.

Las noticias acronicadas de ese "mundo de ayer" que dejamos en las últimas décadas del siglo XX, cuando pasamos la página para continuar la lectura de nuestras vidas en el XXI, escritas por María Cristina y seleccionadas para conformar su libro *Espectadora de primera fila,* a pesar de la perdida de actualidad de los datos y de los

eventos a los que hacen referencia, se destacan por la perdurabilidad y sugestión que tienen los testimonios en clave de confidencia y de catarsis que recibió de los personajes que trató, en entrevistas y en conversaciones.

Y al pasarlos por el cedazo de su memoria, de su libreta de apuntes y de su escritura periodística, María Cristina parece que siguió al pie de la letra la observación del príncipe de los cronistas colombianos, Luis Tejada[4] (1898-1924), él también un espectador de primera fila, para quien "el mejor cronista es el que sabe encontrar siempre algo de maravilloso en lo cotidiano; el que puede hacer trascendente lo efímero; el que, en fin, logra poner mayor cantidad de eternidad en cada minuto que pasa". Trascendencia y eternidad –varias de sus fuentes testimoniales ya dejaron el mundo terrenal– que ella supo impregnar en las páginas de *El Espectador* y hacer reverdecer en las de *Espectadora de primera fila*.

Por ejemplo, cuando revivió las palabras del poeta Ciro Mendía (Carlos Edmundo Mejía Ángel), quien en dos oportunidades, a través de sus versos y de sus palabras, le reveló la primicia de su existencia taciturna, y en otras muchas ocasiones de las que se presenta una muestra a continuación:

• *El Espectador*, julio 4 de 1971. Ciro Mendía celebra en lágrimas sus bodas de oro poéticas, en medio de la afectación por la muerte reciente de su hijo Vladimiro:

> *Te busco, Vladimiro, a contravía,*
> *en el vacío y en el cielorraso,*
> *te llamo con las voces del ocaso*
> *y nadie escucha la desgracia mía.*

• *El Espectador*, enero 21 de 1979. Agobiado por la enfermedad, pocos meses antes de su muerte, Mendía se ha convertido en un poeta obligado a silenciar su musa

porque la pérdida de la vista le impide escribir: “Hace ya dos años que no escribo un verso. El último que escribí lo rompí desesperado porque al querer leerlo nuevamente y corregirlo, no entendía los garabatos que había escrito. Estoy muy triste, esta soledad me está matando, no sé por qué no viene alguno de esos que saben matar y me mata de una vez”.

• *El Espectador,* abril 15 de 1979. La escritora Rocío Vélez de Piedrahíta obtuvo el segundo lugar en el Premio Nadal de novela, en España, con *Terrateniente*; María Cristina fue la única que en la prensa colombiana se interesó en la noticia, y la escuchó lamentarse: “Aquí es una señora que quedó de segunda, allá es una persona (…) Ser mujer es un lastre para la crítica, les da dificultad entender que se puede hacer un buen trabajo en cualquier campo, así sea un hombre o una mujer quien lo haga”.

• *El Espectador*, julio 4 de 1979. Se celebran los ochenta años del maestro Pedro Nel Gómez, para quien: “El arte es una fuerza increíble que lo mantiene a uno siempre inquieto, creativo, vivo”, y agrega una queja: “El esfuerzo humano por encontrar vida en Marte no tiene sentido cuando a nuestro lado hay miles de niños muriendo, aún antes de nacer, enfermos y sin alimentos (…) Se ha perdido la altura de la persona humana, los hombres de hoy, en lugar de buscar la amistad, buscan las armas y los inventos para destruirse mutuamente”.

• *El Espectador*, julio 14 de 1980. Se presenta la obra *Los intereses creados* (de Jacinto Benavente) en El Pequeño Teatro, ambos bajo la dirección de Rodrigo Saldarriaga, quien enfatizó: “La vida del artista tiene que ser clara y definida, sin eludir su ideología. Nuestro papel de militancia está en la actividad artística. El arte es el reflejo necesariamente de las condiciones sociales del pueblo”.

• *Magazín Dominical*, *El Espectador*, noviembre 13 de 1983. Jaime Jaramillo Escobar ganó el Premio Nacional Poesía Universidad de Antioquia y reveló su credo: “Los poetas podríamos ayudar a crear una verdadera identidad nacional que nos está haciendo falta (…) Porque es la poesía la que dicta leyes en el corazón de los hombres, no es el Gobierno. Las leyes que el Gobierno dicta se pueden desobedecer, pero las leyes –llamémoslas así– que la poesía inculca en el corazón de los hombres no se pueden trasgredir, porque las llevamos muy arraigadas y las defenderemos, incluso, con la vida”.

• *El Espectador,* junio 21 de 1994. El escultor Óscar Rojas exhibió en la galería Irotama de Medellín quince trabajos en bronce, cuatro en piedra, siete en madera y tres en mármol, y escribió en el catálogo: “Cuando se nace para registrar la vida, no hay más, sino vivirla, sentirla en cada fibra de nuestro ser; tratar de darle forma honesta, bella y amorosamente en algo que redima el dolor, el amor, la vida y la muerte que hay en cada uno de nosotros mismos; sin olvidar que todo y nada es la síntesis de esto que amamos y llamamos vida”.

• *El Espectador*, octubre 30 de 1994. El maestro Fernando Botero volvió a Medellín tras diez años de ausencia. Los dos días que estuvo fueron para él “la oportunidad brillante del reencuentro con lo suyo. Él, así lo dijo, nunca ha tenido otra fuente de inspiración distinta a la de su tierra, su gente, los recuerdos de su infancia, las vivencias de su juventud en una dimensión estética maravillosa”.

Así que cuando el periodismo cultural fue noticia en Colombia –sin la contaminación de las notas de farándula– y *El Espectador*, con altruismo, le abrió espacios todos los días en todas las páginas, María Cristina fue sumándole

reportes de corresponsal, fechados y ordenados como en una suerte de curaduría sobre los artistas y los hechos de la vida cultural de Medellín y del país, y ahora podemos repasarlos en su libro *Espectadora de primera fila*, en una exposición retrospectiva de cincuenta y cinco piezas periodísticas, publicadas entre 1971 y 1995.

A pie y manejando su Renault 9 blanco, María Cristina fue cumpliendo cada día, hasta 1997,[5] sus faenas como corresponsal de *El Espectador* en Medellín, para también darnos noticias de las vidas artísticas, entre otros y otras, de la pianista Blanca Uribe, el intérprete de poesía romántica Fausto Cabrera, los narradores y poetas Álvaro Mutis y Mario Benedetti, el folclorista Horacio Guarany, la pintora Ana Mercedes Hoyos y sus colegas Luciano Jaramillo, Eduardo Villa y Germán Vieco; de Faustino Murillo, el polizón de pasarela y su valor para superar los atropellos de la pobreza y de la segregación por ser negro; de la Feria de las Flores y su Desfile de Silleteros, la IV Bienal de Arte, el Festival Internacional de Poesía, el Festival Internacional del Tango, la vuelta de paseo familiar por el Oriente antioqueño, los planes de desinfección del río Medellín…

***

El jueves 29 de junio de 1989, María Cristina acudió al Teatro Metropolitano para conversar con la administradora de la Orquesta Sinfónica de Antioquia, Anita Bravo Betancur. Cuando terminó de reportear, tomó el volante de su Renault y transitó en dirección norte-sur hacia la avenida Guayabal. En el puente de la avenida del Ferrocarril un motociclista la pasó por la derecha y, procurando no atropellarlo, perdió el control; el vehículo

chocó contra el sardinel central del puente y dio tres volteretas. Hubo pérdida total del automotor.

Eran las 2:30 de la tarde. María Cristina salió ilesa, pero lamentó que también se le perdiera el libro del poeta José Asunción Silva que estaba leyendo en esa época.

Al otro día en la mañana sus compañeros de la oficina de *El Espectador* en Medellín –en el barrio Prado Centro– la recibimos cuando llegó para enviar a la redacción de Bogotá su noticia sobre los próximos conciertos de la Sinfónica de Antioquia. Le preguntamos en qué se había transportado.

—Vine majeando el carro de mi esposo –nos dijo.

—Y, acabando de accidentarse, ¿no le dio susto ponerse otra vez a manejar? –indagamos.

—No –respondió María Cristina–. Tenía que manejar ya… o no podría volver a hacerlo –declaró.

Carlos Mario Correa Soto

Profesor del Área de Periodismo

Departamento de Comunicación Social, Universidad EAFIT

Espectadora de primera fila

Selección de crónicas y entrevistas
1971-1995

Desde su trapecio canta

Ciro en lágrimas*

Los que nunca han conocido a un poeta pensarán, seguramente, como yo pensaba cuando solo había oído hablar de ellos en las clases de literatura, y me había aprendido uno que otro verso. Tenía la idea de que todos los poetas fumaban pipa y usaban una barba larga y descuidada; creía que eran seres huraños, con los cuales era muy difícil hablar en un lenguaje diferente al metafórico. Estaba muy equivocada. Es verdad que hay algunos con esas características, muchos de ellos las adquieren para creerse poetas y hacer creer a los demás que realmente lo son.

En una Navidad, hace ya varios años, conocí en casa de unos familiares a un señor alto, entrado en años, amigo de la alegría y de la música y maravilloso conversador, con quien hice fácilmente amistad sin saber siquiera su nombre. Después me dijeron que era un poeta: Ciro Mendía. ¡Qué sorpresa! Un poeta sin pipa, ni barba y con quien yo podía conversar.

Cincuenta años haciendo historia

A veces ocurre algo insólito, nos enteramos de las cosas por los amigos de la prensa; así supe de las bodas de oro poéticas de Ciro Mendía. Inmediatamente lo llamé por teléfono para felicitarlo, y fui a verlo a su apartamento, cerca al Teatro Pablo Tobón. Iba a verlo, melancólica aún,

después de leer lo que el poeta había escrito a la memoria de su hijo Vladimiro, fallecido recientemente:

Te busco, Vladimiro, a contravía,
en el vacío y en el cielorraso,
te llamo con las voces del ocaso
y nadie escucha la desgracia mía.

Llegué donde el poeta y mi tristeza se esfumó. Él estaba alegre en la celebración de sus bodas de oro. Se lo comento y me dice:

—Sí, repito, estoy celebrando mis bodas de oro con la poesía, pero estamos en plena luna de miel, porque ella está todos los días más joven y yo estoy más joven todas las noches. Mi soneto reciente es más mozo y tierno que la misma *Sor Miseria* de hace cincuenta años.

Para hablar de bodas y luna de miel hacen falta los esponsales. Le pregunto dónde fueron los suyos con la poesía.

—En ese templo de la libertad que es *El Espectador*, pues allí salieron publicadas, primero que en *Sor Miseria*, "La balada del hambre" y "La balada del limpiabotas". Sí, la poesía es mi novia, mi amante, mi esposa. Ayer no más la hice mía otra vez con esta fresca espinela:

Un búcaro de agua quiero
que me des, muchacha buena;
tengo la sed de la arena
cuando el sol monta el bracero.
Agua de Dios, agua espero,
agua de arroyo cercano,
agua de aljibe temprano,
agua en rama y agua en flor.
Si no tienes más, mejor,
yo me beberé tu mano.

—¿Antes de las baladas hubo otras poesías?

—Sí, un soneto, pero muy malito, titulado "Angustias". Me lo sacó en limpio un compañero de la pensión donde

vivía en Bogotá. Mi letra era muy fea, pues yo tuve muy poca escuela; lo llevé al periódico *El Artista* para que lo publicaran con el seudónimo de Charles Edmond, y efectivamente, lo publicaron. Después publiqué otras cositas en un periódico de Yarumal. Al poco tiempo se publicaron las baladas en *El Espectador*.

—¿Cómo fue la edición de *Sor Miseria*?

—Al otro día de la publicación de las baladas en el periódico fue a verme a la oficina donde trabajaba, el cuentista José Luis Restrepo Jaramillo; quería saber si tenía algo más escrito. Cuando dije que sí, me dijo que por qué no lo publicaba. La razón era sencilla: no tenía dinero. Don José Luis se fue y al rato volvió para entregarme una cajita de cartón con ocho libras esterlinas, acuñadas en la casa de moneda de Medellín, para que publicara las baladas completas. La publicación se hizo en la Tipografía Industrial de Medellín, en junio de 1919. La portada la hizo Pepe Mexía, quien ha hecho las ilustraciones de todas mis obras. Ochenta pesos costó la edición de quinientos ejemplares, para venderlos a treinta centavos cada uno. Hice un paquete con cincuenta ejemplares para enviar por correo a Manizales, con tan buena suerte que en el camino los números de *Sor Miseria* recibieron un baño de gasolina; inmediatamente hice el reclamo a los correos, y cómo le parece que el Gobierno me pagó ¡a cincuenta centavos cada ejemplar!

—¿Qué lo movió a cambiar el nombre de Charles Edmond, seudónimo en su primera publicación, por el de Ciro Mendía?

—El apellido Mendía lo encontré cuando leía *Al resplandor de la hoguera*, de don Ramón del Valle Inclán.

Ciro lo saqué para acortar mi nombre, Carlos, y para dar sonoridad.

Sobra decir que la primera obra de Carlos Mejía (*Ciro Mendía*) fue un éxito; sobre ella escribieron figuras tan notables de las letras colombianas como Abel Farina, Jorge Mateus, Miguel Rasch Isla, Antonio J. Cano, Luis Bernal, Zuluaga y Gutiérrez, Ramón Vignes, Luis Eduardo Nieto Caballero y Gabriel Cano, entre otros.

Tras el éxito de *Sor Miseria*, la poesía fue brotando poco a poco en varias obras: *Nocturnos*, *Como el vino a la cántara*, *El libro sin nombre*, publicado este en 1928, dedicado a la memoria de su padre Juan Manuel Mejía Botero, quien acababa de fallecer.

Siguieron *Lámparas de piedra*, *Escuadrilla de poemas*; en 1949, *Ímpetu*, editado en la Imprenta Departamental; *Naipe nuevo*, en la Tipografía Foto-Club, de la cual el poeta Mendía era codueño. Después publicó en Bogotá, en 1955, *Noche de espadas*.

Un grupo de amigos del vate, en Bogotá y Medellín, se reunieron, en 1957, para rendirle un homenaje con la impresión de la obra *Farol sin calle*; fue publicada por Editorial Bedout. En ella se incluye la *Autobiografía en blanco*, y dice Mendía:

(…)
Varón simple sin relieve,
Especie de honrosa plaga,
Elegante espantapájaros
Con el pecho al sol y al agua.

Ahora soy una flecha
Al vacío disparada,
El esqueleto de un faro;
La sombra de una palabra.

(…)
Pero en mi mano baldía

La antorcha no está apagada
Y mi corazón de circo
Desde un trapecio salta.
(…)

Su último libro, *Caballito de siete colores*, publicado en julio de 1968, en la Editorial Bedout, ha alcanzado renombre internacional. Fue comentado en *El Excélsior*, de México, y en *La Nación* y *La Prensa*, de Buenos Aires.

—Es curioso –dice Ciro–, los dos libros que más éxito han tenido han sido el primero y el último.

—¿Y cuál es el que más satisfecho lo ha dejado? ¿El que más quiere?

—El que más satisfecho me ha dejado, por ser el más depurado, es *El caballito*. O yo no sé, tal vez *El naipe nuevo*, porque es muy bien estudiado, con mis ideas políticas y todo mi lirismo.

—¿Hay obras inéditas?

—Sí, tengo una obra lista, sin editor. La he titulado *El sablazo de Dulcinea*, con ciento treinta y tres sonetos. Algunos de ellos se han publicado ya en periódicos. También tengo otros libros inéditos, de poemas: *Raíz y rama* y *La canción de cada día*.

Teatro, además de poesía

Le pregunto a Ciro si él solo ha hecho poesía, y él, levantándose para mostrarme un programa de teatro que tiene metido entre unos papeles, dice:

—No, no solo poesía, también he hecho teatro. Lo primero que hice fue *El enemigo malo*. Después hice –y me enseña el programa–, una comedia de costumbres que apadrinó Tomás Carrasquilla; tuve el honor de que esta obra fuera estrenada en el Teatro Bolívar, en 1934, por la

Compañía Mexicana de Virginia Fábregas. Pero lo mejor de todo fue que Carrasquilla dio esta obra a la Compañía Fábregas para que la llevara a escena. Para mí constituyó esto un gran orgullo, el más grande costumbrista dar el visto bueno a una comedia de costumbres escrita por un poeta.

—¿Ha escrito más teatro?

—Escribí *El papá de Trina*, en un acto; *Arrayanes y mortiños*, *Pa que no friegue*, *El traje azul*, *La máscara de oro*, *La dulce mentira* y *La negra tiene la palabra*, esta última es en dos actos y ahora la está montando un grupo de Medellín. Creo que muy pronto se llevará a escena. Hace veinte años escribí una obra ultramoderna, pero le he hecho muchos cambios. Es la obra que más me gusta, aunque no se ha llegado a estrenar; en España se la di a Gordon Paso, pero la censura no la permitió. Su nombre es *Prometea desencadenada* y no tiene personajes; mejor dicho, los personajes, siete en total, van saliendo del público a medida que se desarrolla la trama. Yo quiero mucho esta pieza teatral.

Ciro me explica emocionado la *Prometea*. Me parece estar en el teatro; es una obra tan real que no parece teatro. Esperemos que llegue el día en el que se lleve a escena para que el público la aprecie y juzgue.

Continuamos hablando de una y otra cosa, dándonos cuenta de que la vida de Ciro Mendía es como una poesía: melancólica y alegre, cariñosa e irónica, impregnada de un humor gris, llena de vida, pero al mismo tiempo con cánticos de muerte de los seres queridos.

Mientras lo oigo hablar voy mirando las paredes de la sala donde conversamos: a un lado está la puerta, al frente de ella el balcón; es una pared, la que tengo al frente, están